

Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual - Capítulo 1. La libertad social percibida.

De Grande, Pablo.

Cita:

De Grande, Pablo (2019). *Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual - Capítulo 1. La libertad social percibida*. Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/pablo.de.grande/64/2.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcWP/vaE/2.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Capítulo 1. La libertad social percibida

Introducción

El abordaje sociológico bajo el cual pretendemos considerar la libertad hace foco en una percepción subjetiva: la posibilidad de actuar sobre el mundo circundante.

Como se ha mencionado, por un lado, esto nos acerca a un campo ampliamente discutido por la filosofía política, aunque de un modo diferente al aquí propuesto¹.

Tradicionalmente, la filosofía política hizo énfasis en los modos de alcanzar la coordinación pacífica de muchos individuos o naciones. Un problema derivado es la pregunta por los esquemas que permiten la mejor organización de un gobierno estable y justo. En esa línea, existen diferentes teorías acerca de los principios que los órdenes democráticos deben seguir, los ámbitos a ser legislados y los mecanismos que les dan mayor confiabilidad, legitimidad o efectividad.

Consecuentemente, la filosofía política no persigue un análisis de la mayor o menor capacidad de acción que los sujetos sientan tener (la formulación de principios y teorías en la economía liberal constituye un caso similar). En cambio, el objeto de esta disciplina se orienta, principalmente, a dos grupos de elementos: los principios ético-filosóficos que facilitan o restringen la libertad y los funcionamientos gubernamentales que permiten u obstaculizan su ejercicio.

Por otra parte, en el terreno sociológico encontramos referencias a la libertad en las que existe un interrogante sobre las condiciones cotidianas de vida: cuál es el margen para la movilidad social según el nivel educativo de los padres; qué profesiones se encuentran disponibles para las mujeres, a diferencia de aquellas a disposición de los hombres, etc. Sin embargo, y quizás parcialmente por las razones antes mencionadas, encontramos en ellas una preocupación por la pérdida de libertad (por los determinismos

1. Cabe distinguir estas discusiones de aquellas propiamente filosóficas, que oponen principalmente la libertad a la determinación (al destino, la *Moirá*, etc.). Para una reseña de las posiciones clásicas al respecto, ver Uribe Villegas (1953).

sociales que se le opondrían) antes que por la libertad en sí misma².

La libertad como un elemento activo, positivamente observable de la realidad, ha tenido menos prevalencia que las lógicas coactivas que la delimitarían, y ha sido señalado como un objeto infrecuente en este campo ya para mediados del siglo xx (Uribe Villegas, 1953).

Las referencias, en consecuencia, son escasas pero señalan la necesidad de su estudio en términos similares a los planteados en esta investigación:

Investigar la libertad no es especular sobre su etérea esencia ni sobre su sentido último, si es que los tiene. Investigar la libertad (...) es averiguar sus modos concretos de existencia entre nosotros en la cualidad misma de la estructura social o, mejor dicho, de ciertas estructuras sociales dadas. Para ello hay que partir del supuesto de que la libertad es una creación histórica del género humano.

Giner de San Julián, 1980, p. 13

El sociólogo Norbert Elias, por su parte, ha sugerido la necesidad de revisar esta inclinación hacia el estudio de los determinismos (Elias, 1990, p. 192; Romero Moñivas, 2013). En la introducción a su obra *La sociedad cortesana* (1982 [1969]), afirmaba:

Mediante estudios empíricos meticulosos, se puede demostrar, si uno se toma el trabajo, la dimensión real del campo de decisiones de un rey o de un esclavo, y lo mismo puede decirse acerca de la red de dependencias de un hombre individual. Cuando se habla de “libertad” y “determinación” del hombre en cuanto tal, se introduce uno entonces en un plano de discusión en el que se opera con afirmaciones no susceptibles de ser corroboradas o desmentidas por el trabajo científico sistemático.

Elias, 1982, pp. 45-46

Según Elias, el ‘campo de decisiones’ puede ser investigado sin necesidad de determinar dogmáticamente si los hombres son libres por naturaleza. La libertad, históricamente situada, se abre como un aspecto concreto y cambiante de cada contexto social observable.

En contraste, Pierre Bourdieu ilustra la posición más generalizada en la

2. Giner de San Julián (1980, p. 9) indica: “Con el racionalismo vinieron, sin confundirse con él, el positivismo, el cientificismo y otras corrientes parejas. Juntas se plantearon el estudio de la naturaleza y del hombre en términos deterministas. Según estas escuelas, toda explicación científica (...) excluye, por definición, la posibilidad de libertad”.

sociología: se subsume la libertad al análisis de los determinismos sociales, y se la deja como un plus que se construye por fuera de ellos (1997). Dice el sociólogo francés a este respecto:

Aunque ponga en tela de juicio las libertades ilusorias que se otorgan a sí mismos aquellos que consideran esta forma de conocimiento del propio ser [por la sociología] como «un descenso a los infiernos» y que periódicamente aplauden la última vicisitud del momento de la «sociología de la libertad» —que algún autor ya defendía con este nombre hace casi treinta años—, ofrece algunos de los medios más eficaces de acceder a la libertad que el conocimiento de los determinismos sociales permite conquistar contra los determinismos.

Bourdieu, 1997, pp. 9-10

La libertad debe entonces conocerse no por medio del estudio de las percepciones o facultades de los sujetos respecto del poder actuar —o del ‘sentirse libres’—, sino a partir del estudio de los determinismos sociales, de las restricciones vigentes. No habría para Bourdieu un campo válido en el que considerarla un fenómeno de estudio (¿por qué yo creo que puedo hacer cosas, y otras personas no creen eso?), como un objeto sociológico. Ella sería, en realidad, una suerte de estado conquistado por la vía del estudio de las reglas restrictivas del sistema de interacción.

En este sentido, cabe señalar que la psicología, por el contrario, ha sido menos escéptica al investigar la libertad como una entidad concreta de la realidad subjetiva.

Más precisamente en el campo de la psicología cognitiva y del aprendizaje, existen desarrollos de interés sobre la percepción de las capacidades de control que resultan notablemente afines a nuestra preocupación por la percepción de libertad³.

A partir de los desarrollos sobre el control y el autocontrol⁴, diferentes teorías, indicadores y estudios empíricos en psicología investigaron cómo las personas creen poder afectar su entorno. Ellos indagan a su vez en qué medida esta convicción se relaciona con la percepción de un entorno hostil, a cuestiones relativas al peso dado a las propias capacidades o a la preocu-

3. Si bien de menor influencia directa en esta investigación, la obra de E. Fromm ha sido pionera en señalar el carácter cultural y temporalmente situado de la libertad, así como su interconexión con la conformación moderna de la noción de individuo (1981 [1941], p. 59).

4. En referencia al control de sí mismo.

pación por la injerencia de terceros más poderosos (De Grande, 2014).

Estas construcciones sobre el control y el autocontrol provenientes de la psicología han sido retomadas en la presente investigación, como apoyatura en la elaboración del concepto sociológico de libertad social percibida. De esta forma, la noción de libertad –que acompañará como indicador la presentación de resultados en los capítulos subsiguientes– adopta en sus indicadores buena parte de las validaciones y ensayos provenientes del campo de la psicología cognitiva, del aprendizaje en torno a la noción de control y del lugar de control tal como es representado por las personas que lo experimentan. Para dar cuenta de ello, este capítulo se divide en tres partes.

En primer lugar, con el fin de señalar los contrastes y articulaciones con el objeto aquí estudiado, se presentarán aproximaciones sociológicas y psicológicas a la libertad. En cuanto a las primeras, se identifican tres grandes grupos de estrategias que atienden de modos diferentes la tensión entre determinación social y libertad. Seguidamente, se reseñan algunas de las discusiones y elaboraciones referidas al control y al autocontrol en psicología cognitiva y del aprendizaje, con teorías y desarrollos preexistentes.

En segundo lugar, se presentará una síntesis de estudios e investigaciones referidas a la percepción de control, que evidencian los efectos de estas representaciones sobre la capacidad de actuar de las personas en experiencias cotidianas. Si la libertad –ligada a la percepción de poder intervenir sobre la propia vida– es un fenómeno relevante, no lo es solo por su recurrencia en el imaginario cultural, ni por su velada omnipresencia en las construcciones de teoría social, sino también en virtud de la diversidad de efectos con los cuales su presencia puede ser empíricamente asociada. Esta sección tiene por objeto presentar evidencias ligadas a tales efectos.

Finalmente, se establecerán las definiciones conceptuales y operativas para la libertad, tal y como se utilizarán en el resto del libro.

La libertad y los estudios sociológicos

En el campo de la sociología, es posible abordar la libertad de tres modos distintos: la libertad como lo extrasocial, la libertad como capacidad de agencia y la libertad como el subproducto de procesos modernos de individuación. A continuación se resumen brevemente estas tres líneas de trabajo para poder incorporarlas dentro de los horizontes conocidos de la noción sociológica de libertad.

La libertad como lo extrasocial

La primera iniciativa es identificable en forma clara en la obra de Durkheim. Émile Durkheim le otorgó una gran centralidad al estudio de los ‘efectos sociales’, entendidos como los condicionantes que un espacio social opone y ofrece –en forma generalizada– a los individuos que lo habitan.

Este eje de su obra ⁵ retoma, en buena medida, una imagen familiar a aquella de los contractualistas (donde la sociedad se opone y existe por fuera de los individuos)⁶, en la cual la función principal de la sociedad es imponer condiciones y restringir (o fomentar) la acción individual en ciertos sentidos.

La sociología podría, bajo este modelo, identificar y cuantificar los efectos sociales (limitaciones), para obtener así distribuciones que representen el componente social de un acontecimiento o experiencia en una sociedad y momento histórico dados.

Este componente social representaría la acción promedio que el medio social ejerce sobre las personas (es decir, pasible de promediarse con fines analíticos, más allá de las variaciones observables entre individuo e individuo). En la *División del trabajo social*, explicita el procedimiento por medio del cual define la felicidad media de una población:

En efecto, cuando se dice de una sociedad que es más o menos dichosa que otra, es de la felicidad media de la que se habla, es decir, de la que goza el término medio de los miembros de esa sociedad. Como están colocados en condiciones de existencia semejantes, en tanto estén sometidos a la acción de un mismo medio físico y social, hay necesariamente una cierta manera de ser, y por consiguiente, una cierta manera de ser feliz, que les es común. Si de la felicidad de los individuos se quita todo lo que es debido a causas individuales o locales para no retener más que el producto de las causas generales y comunes, el residuo así obtenido constituye precisamente lo que llamamos la felicidad media.

Durkheim (1985, p. 286)

5. Cabe señalar que Durkheim no ha ignorado el carácter creador de la norma como formador del marco cultural y moral en el cual las personas pueden desarrollarse como tales. En *Las reglas del método sociológico* se encuentra también su valoración positiva de la transgresión como condición necesaria para la regulación de la sensibilidad media, ante la eventual aparición de una infracción a las reglas.

6. En referencia a autores como Hobbes.

La explicación distingue, de una parte, las causas ‘generales y comunes’, como aquellas que la sociología se aboca a explicar, de las causas ‘individuales o locales’, en las cuales cada individuo se distancia de la expresión media, y por las que se especifican las diferencias personales de cada sujeto. Para Durkheim, no es tarea de la sociología explicar la condición individual de cada sujeto, sino los efectos medios que las condiciones sociales introducen en una población sobre fenómenos específicos como la percepción de felicidad, las variaciones en los índices de suicidios o la creciente especialización profesional.

La premisa detrás de esta idea es que si para una persona las causas por ejemplo de su felicidad pueden ser múltiples, algunas de ellas derivan de razones asociadas a la coyuntura o a la configuración social. En forma provisoria o estable, el conjunto social tiene la capacidad de condicionar una parte de las probabilidades con que los sujetos experimentan determinados sentimientos o acontecimientos sobre su situación individual⁷.

Esta perspectiva tiene continuidad en el uso de modelos estadísticos en la actualidad y a lo largo de todo el siglo xx, de manera especialmente acelerada a partir de los años ochenta, a causa de la capacidad de cálculo que implicó la difusión de las computadoras, las grandes bases de datos y luego las redes de circulación de información.

La estadística inferencial –con sus modelos de regresiones, ANOVA, componentes principales– aplica el mismo principio: se apoya en la capacidad de explicar las ‘varianzas’ (diferencias) atribuibles a variables especificadas en modelos, y deja un ‘error’ como parte no explicada, en cada caso, con relación al modelo producido. Estas variables pueden incluir atributos tales como la edad de los individuos, su sexo, su nivel educativo, o variables relacionales como la cantidad de amigos que frecuenta semanalmente, si se encuentra en pareja, etc.

En este contexto, la libertad sería aquello de lo que no se podría dar cuenta a partir de explicaciones sociales, una suma de conductas y creencias no predichas por los factores sociales explicativos. De una parte, se encon-

7. En el siguiente apartado se verán algunas consideraciones de Skinner respecto al uso científico del ‘análisis funcional’, entendido como el razonamiento por el cual un cambio puede ser explicado en función de una variación en un elemento o estado interviniente. Este esquema implica la distinción entre cambios o efectos controlados (la parte del fenómeno explicada por la variación observada o provocada) y cambios o efectos contingentes, ajenos a la explicación construida. En el caso de las ciencias sociales, lleva de suyo la idea de que una parte del comportamiento de las personas puede ser ‘controlado’ por variables de control.

triarían los factores sociales condicionantes y, por otro lado, el margen de libertad individual, por fuera de la explicación social.

Así, por ejemplo, estudios recientes evidencian el uso de este recurso para comprender contextos de interés por medios estadísticos. En el campo de las discusiones sobre el acceso a la educación, Fernando Groisman calcula el impacto que tiene para los jóvenes en edad escolar la participación en el mercado de trabajo. Con ese fin, construye modelos que se proponen explicar las variaciones en las situaciones educativas individuales (Groisman, 2012). En el mismo sentido, son frecuentes los modelos de similares características aplicados al funcionamiento del mercado de trabajo (Salvia, Comas, Guillermina y Stefani, 2007), flujos migratorios (Gómez y Galassi, 2009), o comportamientos generales de la vida social, como la discriminación racial (De Grande y Salvia, 2013) o las pautas de la interacción intersubjetiva temprana (Bordoni, Español y De Grande, 2016), entre muchos otros⁸.

La libertad como capacidad de agencia

La teoría de la estructuración de Anthony Giddens es un punto de partida ineludible para situar en nuestro contexto la noción de agencia (Ema López, 2004, p. 15).

De acuerdo con Giddens, la agencia tiene un rol fundamental como elemento articulador entre lo objetivo y lo subjetivo; entre la existencia de un andamiaje de sistemas complejos y unos actores que, con información parcial y provisoria, actúan y los hacen funcionar y mutar. Con ella, busca tender puentes entre las visiones en las que la estructura gana realidad con independencia de los sujetos, y las aquellas que –a la inversa– solo le permiten a la ciencia social indagar en percepciones individuales y mirada ‘subjetivas’, no generalizables, de personas en interacción.

Para ser portadora de esa función, la agencia es definida como la capacidad efectiva de actuar; a la vez, los sujetos agentes:

(...) rutinariamente monitorean aspectos, sociales y físicos, de los contextos en que se mueven. Por la racionalización de la acción me refiero a que los actores –también rutinariamente y mayormente

8. La presente investigación procede también con tales principios estadísticos, sin asimilar, sin embargo, la noción de libertad al terreno de lo inexplorable o del error estadístico. Por el contrario, considera que la libertad ocurre como un fenómeno colectivo que supone por sí mismo una estructura de condiciones y recursos para su emergencia.

con naturalidad– mantienen un continuo ‘entendimiento teórico’ de las bases de su actividad.

Giddens, 1984, p.5, trad. propia

En primer lugar, cabe señalar que Giddens utiliza el término agencia para darle especificidad a la capacidad de actuar en contextos estructurados y con información parcial sobre el devenir de la propia acción. La agencia se distingue de la mera ‘acción’, en tanto supone un grado de entendimiento por parte del sujeto de aquello que está realizando y, especialmente, del hecho de que podría eventualmente dejar de hacerlo. Así definida, representa un modo de acción que pone el foco en la capacidad efectiva de realización, y deja en un segundo plano la voluntad y las intenciones que podrían estar detrás.

Indica Giddens: “un oficial en un submarino mueve una palanca intentando cambiar la ruta, pero habiendo tirado de la palanca equivocada, hunde el Bismarck” (Giddens, 1984, p.8, trad. propia).

En segundo lugar, el autor asocia la capacidad de agencia con el ejercicio del poder, de un “poder hacer”. En este sentido, si bien la noción de agencia trabaja en torno al modo en el que los sujetos actúan inmersos en estructura (a la vez que las modifican y son condicionados por ellas), las nociones de ‘agencia’ (tal como la define Giddens) y la de ‘libertad’ (tal como la definimos aquí) no se superponen, lo que resulta explícito en al menos dos aspectos.

Por una parte, la agencia no cubre o explica el problema de la libertad de los actores porque es una capacidad que debe ser verificable (debe realizarse) en el mundo práctico, y su despliegue es condición necesaria y suficiente para verificar su existencia. Bruno Latour coincide al afirmar: “una agencia invisible que no produce ninguna diferencia, ninguna transformación, no deja rastro y no aparece en ningún relato no es una agencia” (Latour, 2008, p. 82).

La libertad, en cambio, es un estado de conciencia que acompaña a los sujetos en sus acciones –muchas veces en forma subrepticia, invisible– alentando algunos modos de comportamiento y desalentando otros.

Por otra parte, y reforzando lo dicho, la capacidad de agencia es compatible con la percepción subjetiva de ausencia de libertad. Al respecto, Giddens señala:

Pero es importante reconocer que las circunstancias de condicionamiento social en que los individuos ‘no tienen opción’ no deben ser igualadas con la disolución de la acción como tal. ‘No tener op-

ción' no significa que la acción⁹ como tal ha sido reemplazada por la reacción (en el modo en que una persona pestañea cuando un movimiento rápido ocurre cerca de sus ojos).

Giddens, 1986, p. 15, trad. propia

En virtud de lo expuesto, consideramos que la idea de agencia no resulta apropiada para dar cuenta de los mecanismos que giran en torno a la libertad percibida, entendida como una condición en la cual los sujetos se sienten autores de sus acciones, y perciben que ellas afectan a su mundo circundante.

Su estudio se interesa, en cambio, por indagar el grado en que las personas realizan ciertos actos, sin otorgarle un peso central a la representación que los intervinientes puedan tener de tales hechos. El énfasis en lo conductual distingue a la agencia en tanto indagación diferente, separada de aquella respecto a la libertad.

La libertad como el subproducto de procesos modernos de individuación

Las 'sociologías del individuo' son un campo en reciente expansión (Martuccelli, 2007). Esta perspectiva teórica supone que hay un aspecto singular de nuestra época (propia de lo moderno, acentuado en la 'modernidad tardía', posmodernidad, segunda modernidad, etc.) por el cual cada persona contaría con elementos históricamente inéditos en complejidad para construir su propia subjetividad (Bauman, 2002; Beck y Beck-Gernsheim, 2002).

En palabras de Zygmunt Bauman:

La 'individuación' consiste en transformar la 'identidad' humana de algo 'dado' en una 'tarea', lo que asigna a los actores la responsabilidad de llevarla a cabo y de asumir las consecuencias (y efectos secundarios) de su realización¹⁰.

Bauman, 2002, p. xv, trad. propia.

Esta perspectiva, de una parte, proyecta la imagen de individuos menos determinados por sus medios sociales y por ello, podríamos arriesgar, 'más libres', inmersos en un mayor número de opciones. A la vez, la individuación surge, históricamente, en paralelo a la obtención política de una serie de derechos individuales ampliados, proceso que no podemos detallar aquí pero que también vincula esta mirada con la problemática de la libertad.

9. *action* en el original, no *agency*.

10. El entrecomillado se mantuvo del original en inglés.

Sin embargo, en tensión con ello, cabe analizar en qué medida visualizar a la individuación en tanto ‘tarea’ no agrega, en el plano práctico, un trabajo adicional no necesariamente percibido como liberador. Según Bauman, de hecho, “la modernidad reemplaza la determinación de la posición social por una autodeterminación obligatoria y compulsiva” (Bauman, 2002, p. xv, trad. propia).

Algunos elementos en la obra de Norbert Elias funcionan como antecedentes, pero también como crítica, de estos desarrollos acerca de las sociedades modernas. En su texto titulado *La sociedad de los individuos*, expresaba ya sus preocupaciones teóricas tal como se pensaban en 1939. Elias se encontraba disconforme con la brecha existente entre quienes planteaban los procesos sociales como producto de entidades supraindividuales y quienes, en el otro extremo, se proponían explicar los procesos históricos como derivas de las acciones superlativas de individuos, que llevaban a su época o cultura por una dirección singular (Elias, 1990, p. 18).

Desandando el camino de Hobbes, John Stuart Mill y Herbert Spencer, para Elias el individuo y la sociedad están hechos unos de los otros, y no yuxtapuestos u opuestos (Bauman, 2002, p. xiv). Tempranamente procuró ligar la mirada sobre lo subjetivo con los procesos históricos, y plasmó, en su obra sobre los orígenes de los códigos de comportamiento de la sociedad cortesana (Elias, 1989 [1939]), los entretelones de la articulación que puede permitir, en una época dada, la emergencia de nuevos actores sociales, de nuevos códigos sociales de comportamiento y de nuevos estándares subjetivos de la emotividad.

En tales circunstancias, es posible observar cambios simultáneos y mutuamente condicionados entre los diferenciales de poder entre estamentos sociales, las pugnas por el establecimiento de lo correcto y lo incorrecto y las dinámicas de la metamorfosis de contenidos asociados con sentimientos tan aparentemente individuales y espontáneos como la vergüenza o la indignación.

Al igual que en su obra más tardía, *Sociología fundamental* (1982), las personas forman parte de una trama, de una red, fuera de la cual no es posible describirlas o imaginarlas:

El ser humano individual vive, y ha vivido desde pequeño, dentro de una red de interdependencias que él no puede modificar ni romper a voluntad sino en tanto lo permite la propia estructura de esa red; vive dentro de un tejido de relaciones móviles que, al menos en parte, se han depositado sobre él dando forma a su carácter personal.

Elias, 1990, p. 29

Se trata de un autor que ha hecho propia la tarea de argumentar la inexistencia del individuo fuera de una sociedad¹¹ y de la sociedad sin individuos en relación.

Las nuevas sociologías del individuo –como por ejemplo en Beck y Beck-Gernsheim, 2002, o Bauman, 2009– contrastan con esta centralidad de las tramas de relaciones, si bien parcialmente retoma algunas nociones de Elias para desplazar el análisis de lo social hacia el nivel individual.

Desde esta perspectiva, las condiciones sociales de la actualidad requieren de una sociología centrada en intereses teóricos diferentes a la ‘primera modernidad’. Por eso, el foco recae en las formas de ‘individuación’ de los sujetos, sin recurrir como vía central de explicación a entidades colectivas o institucionales tales como la estratificación social, las fuerzas del mercado o las acciones de los Estados nacionales.

Más allá de si estos estudios dejan de observarlas a estas entidades ‘macro’ puesto que perdieron fuerza históricamente, o si se trata de un nuevo aliento al individualismo metodológico, en los relatos de estos autores el individuo aparece, en buena medida, ‘liberado’ de las instituciones tradicionales del Estado de bienestar moderno. Circula ahora en realidades ‘líquidas’ (menos formales y estables), complejas, contingentes, no-lineales.

El análisis de la estructura social parece deslizarse, en esta bibliografía, a un análisis del medio social. Ya no se reconocen actores e instituciones del sistema social, sino que se hace referencia, en el nivel macro, a elementos que esbozarían las bases de una suerte de física social del medio colectivo. Se habla entonces de una ‘mayor velocidad’ de la circulación de la información y las personas, de un mayor nivel de canales de comunicación entre los sujetos o de la ubicuidad de ciertos códigos y productos de la mano de la ‘globalización’.

Al profundizar en autores como Ulrich Beck, notamos que las dinámicas de la ‘individuación’ y ‘la segunda modernidad’ atribuidas a la modernidad del siglo *xxi* no parecen calar más que en coincidencias dispersas con las dinámicas sociales de los centros urbanos de la Argentina. En la atribución de la menor afiliación personal a ciertas instituciones tradicionales en favor de relaciones de mercado, en los cambios en los sistemas de seguridad social o en la baja en las tasas de natalidad europeas, Beck trabaja temáticas que tendrían por denominador común la individuación como aglutinante de estos procesos de la Alemania posterior a la década de 1990 (Beck y Beck-Gernsheim, 2002).

11. Sobre Robinson, el náufrago, afirma que, incluso a miles de kilómetros de distancia “se comporta, tiene deseos y urde planes de acuerdo con los patrones de su sociedad” (Elias, 1990, p. 43)

Respecto a estas aproximaciones, o bien a su transición hacia investigaciones locales, hay salvedades de peso vinculadas a la afinidad de los factores históricos y culturales que puedan hacer coincidir las realidades descriptas por Beck de final del siglo xx con las transiciones locales de la Argentina contemporánea. De hecho, algunas de las ‘coincidencias’ de estos escenarios podrían deberse más a los efectos de políticas neoliberales traídas al país en la década de 1990 que al advenimiento de un nuevo hombre, en proceso de expansión. La idea de que existe un nuevo tipo de individuo, que masivamente ocuparía las posiciones abandonadas por la retirada del Estado de bienestar (que cubrió buena parte del siglo xx) no resulta del todo convincente.

La disolución de la ‘necesidad material’ y de las ‘determinaciones identitarias tradicionales’ (la familia, las trayectorias laborales, la identidad política), las cuales abrirían el paso al desafío de la autodeterminación del yo y de la hipercomplejidad biográfica, son ejes de estas teorías que parecen contrastar con la vigencia de lo que señalan –quizás con más ilusiones que evidencias– como ‘lo viejo y en crisis’.

Si bien las dinámicas familiares han cambiado en las últimas décadas (menor tasa de nupcialidad, mayor número de hogares ensamblados), han experimentado cambios todo a lo largo del siglo xx, y sería difícil sostener que la familia no sigue siendo una forma central de organización de la reproducción social en la Argentina.

El mercado de trabajo formal, por su parte, funciona con una cierta autonomía, pero con enorme apoyo en acciones y regulaciones estatales y en la masividad de las actividades informales, que mezclan con regularidad los ‘mundos sistémicos’ y los ‘mundos de vida’. En tales contextos, resulta problemático afirmar que las personas resuelven sus vidas cotidianas con relaciones directas con un sistema impersonal (el Estado, las grandes corporaciones, etc.), sin requerir de mediaciones comunitarias, familiares, barriales e interpersonales de toda índole.

La individuación de la segunda modernidad, así descripta, aparece en suma como una representación estilizada de ciertos sectores sociales (involucrados con movimientos transnacionales de construcción cultural-global), constreñida por doquier por prácticas y convicciones ‘tradicionales’ sobre el deber ser de hombres, mujeres, niños y toda suerte de instituciones que coordinan y organizan las trayectorias e identidades cotidianas con los moldes de la ‘primera modernidad’.

A los fines de nuestra investigación sobre la libertad cabe señalar, a modo de cierre, que este bloque reciente de ‘sociologías del individuo’ –que

recoge aportes de las sociologías de la interacción del siglo xx y algunas exigencias del individualismo metodológico– ha aglutinado intereses por la investigación de prácticas de diferenciación individual, las cuales guardan una relación ambigua con la idea de libertad. Si bien se presentan en amplia relación con la profecía de un nuevo hombre que decide su identidad y se hace a sí mismo, no solo en el trabajo y en la familia, sino también en su identidad personal, no es del todo claro cuáles son los espacios de acción esperables para él.

El ‘hombre nuevo’ estaría en proceso de profundizar sus singularidades, distanciándose de instituciones y espacios sociales que le conferían, tradicionalmente, poder de acción e intervención en ámbitos sociales y colectivos. En este sentido, según la noción de libertad que se maneje, estas sociologías pueden estudiar la libertad (del hombre que disminuye la dependencia de su institucionalización tradicional) o la falta de libertad (del hombre librado a subsistir en la precariedad social de un mayor aislamiento, y una menor integración social, por su identidad tan singularizada).

Cabe remarcar, asimismo, que el punto de identificación de estas sociologías no solo es la idea de hombre nuevo, sino también la perspectiva histórica narrada ‘a escala del individuo’ –al modo de Norbert Elias o Michel Foucault–. Esa es la estrategia más frecuente de las puestas en contexto que hacen de los individuos. En este sentido, Martucelli afirma que “el objetivo de una sociología de la individuación es detectar los diversos desafíos a los que están enfrentados los individuos en la condición moderna” (Martucelli, 2007, p. 33). En consecuencia, el lugar dado a la libertad podrá variar marcadamente según la naturaleza de esas experiencias y los grados de independencia o autonomía que guardan respecto de las imágenes disponibles de la modernidad previa a esta ‘segunda modernidad’.

La libertad y la investigación en psicología cognitiva

Existe en psicología, a partir de mediados del siglo xx, un conjunto de investigaciones y teorías que se dedicaron a indagar cómo las personas se representaban el control de sí mismas y de sus entornos. El campo es afín en varios aspectos a la noción de libertad práctica –o libertad social percibida–, que el presente libro propone abordar.

Estas investigaciones han buscado establecer las correlaciones verificables (por vías experimentales y cuasiexperimentales) entre acción, control del entorno y autoconcepto. Lo que tales estudios indagan es, por una parte, cómo repercute lo que las personas creen de sí mismas en sus convicciones respecto a la capacidad de influir en sus entornos cotidianos. Pero

también, por otra, cómo las creencias sobre ambas (la imagen de sí mismo y la imagen del entorno) afectan las maneras efectivas de actuar.

La posibilidad de control (sentir que puedo) es, en estos modelos, un elemento que interviene en la gestión de las diversas capacidades para la acción.

En este sentido, si bien la idea de que existe una dependencia entre acción, control del entorno y autoconcepto puede parecer evidente, el modo en el que este influye sobre la conducta y sus efectos dista de ser trivial. Por ello, ha sido objeto de numerosas investigaciones.

En torno a este problema, se definieron conceptos y herramientas para estudiar dichas relaciones. Coincidimos con Myers en que “si bien la investigación sobre el autocontrol puede impresionar superficialmente como un respaldo empírico al voluntarismo de ‘pensamiento positivo’, esto no es necesariamente así” (Myers, 2005, p. 62). Por ejemplo, de acuerdo con Bandura –un investigador central en la teoría de la autoeficacia–, la convicción de ser capaz de hacer algo no surge principalmente de la autopersuasión (“yo creo que puedo, yo creo que puedo”), ni por alentar a las personas sobre sus cualidades (“eres maravilloso”), sino principalmente por experiencias exitosas. Sin embargo, las experiencias pasadas son solamente una parte (incluso si importante) de los factores actuantes en la definición de las representaciones de sí mismo y del entorno que cristalizan en el sujeto. Por esta razón, es decir, por la autonomía relativa del autoconcepto respecto al entorno material e histórico en que se produce, el estudio de su constitución y efectos adquiere especial relevancia.

Se comentarán a continuación algunos de estos modelos (el de la autoeficacia y el del *locus* de control) dentro del marco general de las teorías del control y el autocontrol, con el objeto de situar los indicadores seleccionados dentro de la teoría psicológica y del campo de esta investigación.

Control y autocontrol

Burrhus Skinner, autor central de la teoría conductista, introdujo el problema del autocontrol en relación a la definición de un modelo de individuo objeto del control de su ambiente y, a la vez, sujeto capaz de acción. De considerar que el hombre era libre en toda circunstancia y de modo ilimitado, el conocimiento acerca de los elementos que condicionan tales libertades hubiera quedado inexplorado.

El autor veía en las concepciones filosóficas del hombre autónomo uno de los principales obstáculos para el desarrollo de una ciencia del comportamiento (Nico, 2001, p. 43). Ello lo condujo a oponerse a los modelos filo-

sóficos y psicológicos (que abonan, en gran medida, una hipótesis de causalidad interna de la acción) en los que el yo era considerado el centro de la conducta individual (Kanfer y Karoly, 1972, p. 398).

Skinner destaca, en este sentido, que el control del entorno sobre las personas no se reduce a un problema de manipulación de quienes lo alteren para lograr un objetivo. Por el contrario, toda conducta, por estar situada en un contexto, se encuentra determinada, en parte, por el efecto operante del entorno. En consecuencia, no se puede negar la existencia del control en favor de un discurso radical de la autonomía individual: “una doctrina de la libertad personal es atractiva para aquellos para quienes es importante liberarse del control coercitivo. Pero la conducta está determinada en modos no-coercitivos” (Skinner, 1953, p. 438).

En virtud de su preocupación acerca de las responsabilidades éticas por las consecuencias de los usos del conocimiento, agrega: “Todos controlamos, y todos somos controlados. A medida que la conducta humana sea más analizada, el control se volverá más efectivo” (Skinner, 1953, p. 438).

Skinner veía necesaria una reformulación de los términos asociados al autocontrol, tales como la autonomía y la libertad, como requisito para hacer frente a las tecnologías del control que derivarían del conocimiento extensivo de la conducta humana. Considerando que los sujetos tienen un grado de control sobre sus entornos, Skinner se pregunta cómo las personas pueden ser consideradas objeto de control de terceros, en la medida en que se encuentran dentro de los entornos operativos de otras personas.

De este modo, para Skinner la noción de ciencia, en tanto actividad que produce conocimiento experimental mediante el uso ‘variables de control’, supone la idea de que los objetos de tales ciencias (es decir, las personas en el caso de la psicología y de las ciencias del hombre) son pasibles de responder a dichos ‘controles’.

Si las ciencias del hombre explican un hecho en función de ciertos factores preexistentes, entonces el hombre mismo está sujeto al control de las condiciones del entorno en su capacidad de actuar. Skinner afirma que la noción de control está implícita en todo análisis funcional (1953, p. 227). La ciencia social, al suponer que la presencia de un elemento externo hace más esperables ciertas creencias, comportamientos o sentimientos en un grupo de personas, asume necesariamente el supuesto de que dichas personas no son plenamente libres sino, al contrario, pasibles de influencia externa.

Para Skinner, que los individuos tengan un grado de control sobre su devenir no entra en contradicción con la posibilidad de una ciencia de la conducta. Cuando un individuo toma decisiones que intervienen sobre su

presente, “se controla a sí mismo exactamente como controlaría la conducta de cualquier otro: a través de la manipulación de las variables de las cuales la conducta es una función” (Skinner, 1953, p. 228). A la vez, el efecto del autocontrol toma protagonismo cuando una conducta produce refuerzos contradictorios en el sujeto (positivos y negativos a la vez, o refuerzos y castigos simultáneos). El provocar una respuesta que tenga por objeto controlar otra conducta es el modo manifiesto del ejercicio del autocontrol. Sin embargo, esa resolución conduce a otro problema: la ontología, que opera constituyendo al yo. Como en el ejemplo antes citado: “cuando un hombre mete sus manos en los bolsillos para impedir comerse sus uñas, ¿quién está controlando a quién?” (Skinner, 1953, p. 283).

Para responder esto, Skinner concibe al sí mismo (*self*) como un sistema organizado de respuestas. En él, es posible distinguir ‘personalidades’ como partes que se componen en la experiencia de los individuos¹². Su mirada excede la simplificación del comportamiento como ‘caja negra’ y especula sobre los modos de organización de las respuestas socialmente elaboradas:

Expresiones como ‘Era mejor hablador que plomero’ sugieren personalidades identificadas con subdivisiones topográficas de la conducta. En una sola piel podemos encontrar al hombre de acción y al soñador, al solitario y al hombre de espíritu social.

Skinner, 1953, p. 285

En su teoría, dentro de ese concierto de personalidades se resuelven las acciones que hacen operar el autocontrol en los sujetos como acciones resultantes de estados, total o parcialmente contradictorios, respecto a sus estructuras conductuales de refuerzos y castigos.

Skinner resalta la doble problemática para la existencia de una acción plenamente libre, habida cuenta de que los sujetos despliegan –en función de sus propias convicciones y de las respuestas del entorno– acciones dirigidas hacia el control de su entorno y hacia el control de sí mismos. Por ello, en el contexto de la presente investigación, los aportes de Skinner resultan de interés debido a que dotaron a la investigación experimental de la segunda mitad del siglo xx de un marco conceptual claro respecto al problema del control y del autocontrol (la capacidad de cada sujeto de actuar sobre su entorno natural, sobre otros y sobre sí).

El modelo de Skinner permitió organizar e interrelacionar las nociones

12. Erving Goffman sugerirá, décadas después, una idea similar bajo la noción de ‘marcos’ (Goffman, 1986).

de sujeto, control del entorno y control de sí mismo, para captar los matices reservados a la noción de libertad inserta en el seno de las sociedades contemporáneas.

Autoeficacia

Dentro del estudio de las interdependencias entre la noción de sí mismo (el autoconcepto) y el comportamiento hacia el entorno, el concepto de autoeficacia, trabajado por Bandura, emerge de la teoría social cognitiva. La autoeficacia refiere a la creencia optimista en las propias habilidades. Este desarrollo es posterior a los trabajos de Skinner, y surge junto a un conjunto de técnicas para la medición sistemática de efectos en la percepción, o en la conducta de formaciones mentales, vinculadas al control y al autocontrol.

La autoeficacia se diferencia de lo que usualmente entendido como autoestima en que refiere al hecho de verse a sí mismo como más competente y efectivo, y no al valor personal de sí mismo (Myers, 2005, p. 57).

En numerosos estudios, la autoeficacia mostró ser un factor independiente asociado positivamente con la probabilidad de resolver con éxito situaciones difíciles. Estos estudios muestran que una percepción de mayor autoeficacia se asocia con poder definir metas más desafiantes, y persistir más y con menores niveles de ansiedad en ellas. Afirma Bandura que “cuanto mayor es su autoeficacia percibida, mayores son las metas que las personas establecen para sí mismos y más firme es su compromiso para con ellas” (Bandura, 1989a, pp. 1175-1176).

En la iniciativa amplia de la teoría social cognitiva, por la cual el esquema de estímulo-respuesta originario del conductismo cede lugar a un marco más amplio, este concepto aparece como un mediador observable entre la experiencia y las respuestas. Ellas se ven articuladas por el procesamiento de información de diversas fuentes, sean de experiencias directas, mediadas por terceros o fuentes simbólicas. Las capacidades subjetivas tienen un rol central en la caracterización de las personas (Bandura, 1977, p. 192; Bandura, 2000, p. 329). La medida de autoeficacia conecta la teoría con los procesos por los cuales el individuo modifica la imagen de sí mismo respecto a sus propias capacidades. En este sentido, es una representación que el sujeto se hace –en interacción con el entorno– sobre sí mismo, y que incide a la vez sobre cómo habrá de actuar en experiencias futuras. A este respecto, señala que:

Las expectativas de eficacia se distinguen de las expectativas sobre la respuesta-resultado (...) Una expectativa de resultado está definida como la estimación de la persona de que una cierta conducta

llevará a un cierto resultado. La expectativa de eficacia es la convicción de que uno puede ejecutar con éxito la conducta requerida para producir los resultados.

Bandura, 1977, p. 193.

El marco de interés cognitivo lleva a Bandura no solo a vincular lo generalmente encuadrado como la autoestima con los procesos cognitivos de procesamiento de la información (que la configuran), y a ponerla luego como condicionante de la conducta. También sitúa a estos procesos como elementos condicionados por la representación de la autoeficacia. Retoma, para ello, investigaciones que muestran la incidencia de la autoeficacia en los procesos de elaboración de nuevas ideas y del análisis de problemas (Bandura, 1989b, p. 729).

Este giro hace que la autoeficacia no solo fuese relacionada con cambios en los esquemas de motivaciones y objetivos conductuales de los sujetos. También se verificó su influencia en el desarrollo (o inhibición) de habilidades cognitivas. En este sentido, un bajo nivel de autoeficacia percibida se vinculó con sujetos experimentales que no mejoraban su capacidad para memorizar ciertos patrones, incluso luego de aprender las reglas para hacerlo, mientras otros con mayores niveles sí lo hacen (Bandura, 1989b, p. 733).

De tratamiento algo más reciente son los estudios en torno al concepto de autoeficacia a nivel colectivo, que llevan lo grupal al problema de la representación de las capacidades. Así, se validaron efectos sobre el impacto en la disposición hacia la acción de las creencias que los sujetos atribuyen al grupo junto con el cual actúan (Bandura, 2000b, p. 213). Varias investigaciones han aplicado escalas y obtenido resultados que señalan que la autoeficacia colectiva es un factor significativo para estudiar representaciones colectivas ligadas a la capacidad de acción y a la estructuración de los grupos sociales (Sampson, Raudenbush, y Earls, 1997; Goddard, 2001).

Locus de control

Así como la autoeficacia cuantifica la efectividad propia, en tanto mérito individual, el concepto *locus de control* (o lugar de control) cuantifica las probabilidades que una persona cree tener de afectar el entorno, con independencia a la atribución de méritos de esos efectos (es decir, sin importar si son producto de habilidades propias, de una receptividad del ambiente o de una combinación de ambas).

El *locus de control* representa, en consecuencia, la medida en la que una persona explica los acontecimientos que la rodean como producto

de sus propias acciones o como producto de fuerzas externas, tales como seres más poderosos o por efecto del azar. Si bien la autoeficacia puede considerar indirectamente aspectos del entorno (ser eficaz en tanto el entorno no es tan hostil como para requerir habilidades ilimitadas), el *locus* de control reduce el peso de la imagen de sí mismo en la relación que establece entre control, imagen de sí e imagen del entorno.

La noción de *locus* de control, o lugar de control, se origina en la teoría del aprendizaje social de J. Rotter (1975), iniciada a mediados de la década del cincuenta. Rotter elaboró un modelo de predicción de la conducta orientado a establecer las probabilidades de que una persona actúe de cierta manera en un dado contexto.

Un supuesto central en este modelo es que los efectos de acciones pasadas condicionan la realización de otras acciones en algún modo similares en el presente. El término 'refuerzo', de la psicología conductista, denomina esta retroalimentación (positiva o negativa) de la conducta.

La teoría del aprendizaje social amplía el modelo tradicional de conducta estímulo-respuesta agregando tres nuevos tres elementos: las expectativas de refuerzo, el valor subjetivo del refuerzo y la configuración de opciones que el sujeto tiene en la situación concreta.

Esta ampliación introduce al estudio de las expectativas y sus procesos de construcción como parte del problema de la acción y liga la acción a un conocimiento simbólico del entorno. En uno de sus postulados, se resume esta relación acción-expectativa de este modo:

La ocurrencia de una conducta de una persona está determinada no solo por la naturaleza o la importancia de las metas o refuerzos sino también por la anticipación de la persona o la expectativa de que estas metas vayan a ocurrir. Estas expectativas están determinadas por experiencia previa y pueden ser cuantificadas.

Rotter, 1954, p. 102-103.

Dentro de este contexto de expectativas y refuerzos, Rotter agrega dos consideraciones más:

- que las expectativas están formadas por componentes particulares y generales, es decir, por experiencias pasadas parcial o totalmente similares a la clase de situación actual.
- que la trayectoria de aprendizaje individual del sujeto conforma una expectativa general capaz de influir en sus expectativas particulares, haciendo que los refuerzos obtenidos sean ignorados por la persona en

tanto refuerzos asociados a la conducta desplegada.

Estos dos elementos configuran el espacio para el concepto de *locus de control*. La incorporación del concepto surge en el contexto del trabajo experimental. Las evidencias mostraban que, frente a sucesiones idénticas de respuestas positivas a sus acciones (es decir, idénticos refuerzos), algunos sujetos asimilaban la experiencia como prueba de que sus acciones podían llevar a tales beneficios. Otros, por el contrario, imputaban el hecho a una mejora fortuita.

Para poder dar cuenta de este factor en el modelo del aprendizaje social era necesaria una medida que expresara el grado en que las personas estarían dispuestas a reconocer sus logros (o fracasos) como propios, como consecuencia de sus propias acciones, o bien los atribuirían a efectos del azar, o de acciones de terceros.

El concepto de *locus* de control (o lugar de control) identifica, en consecuencia, en qué medida una persona explica las respuestas de su contexto como consecuencia de sus propias acciones, o bien las visualiza como consecuencia de fuerzas que escapan a su influencia (azar, destino, terceros poderosos, etc.). Rotter desarrolló este concepto como parte de su teoría del aprendizaje social (Rotter, 1954), y fue presentado en 1966 (Rotter, 1975) haciendo operativa (a través de un test de 13 ítems) una medida para el nivel de confianza en términos generales que una persona tiene de lograr afectar su entorno.

El *locus* de control sitúa a cada persona dentro de un continuo entre dos extremos, en los cuales el *locus* de control interno representa la condición de quienes ven los eventos de su entorno significativo (los refuerzos de su acción, en el modelo) como producto de su propia conducta, por oposición a los ‘externos’ que visualizan estos acontecimientos como producto del azar, la suerte, o de terceros poderosos (Rotter y Mulry, 1965).

Rotter y Mulry resumen el perfil del sujeto ‘interno’ como:

[...] más propenso a emprender acciones sociales para mejorar sus condiciones de vida (Gore & Rotter, 1963), con más chances de prestar atención, aprender y recordar información que afectará sus metas futuras (Seeman & Evans, 1962; Seeman, 1963), y en general más interesado en su habilidad, y en particular en sus fallas (Efran, 1964). El individuo que aparenta ser más interno también parece tener una mayor necesidad de independencia (Crowne & Liverant, 1963) y es resistente a intentos sutiles de influencia (Getter, 1963; Gore, 1963; Strickland, 1963)

Rotter y Mulry, 1965, p. 598.

Cabe destacar que el *locus de control* es uno de los modos mediante los cuales el individuo se explica su entorno significativo. Se trata de una medida sobre una representación de algo que se le aparece al sujeto como dado, un dato relativamente objetivo: el modo en el que el mundo opera en su sustrato causal. Sin embargo, a pesar de que cree estar haciendo una descripción 'neutral' del mundo, diversas investigaciones muestran que el *locus de control* está influido por factores vivenciales que lo modifican, hacia una mayor internalidad o externalidad.

Si bien existen investigaciones en que el *locus de control* es evaluado a partir de las creencias sobre el control de áreas específicas (por ejemplo creer en controlar la propia salud, o los resultados laborales), la modalidad más frecuente de uso es considerándolo una percepción generalizada sobre el control del entorno (Lefcourt, 1966, p. 207).

En ambas modalidades, permite situar a las personas entre dos extremos, en función de si perciben a los acontecimientos del entorno como efecto de fuerzas externas (seres superiores, suerte, o mero azar) o de si creen, en cambio, que es posible incidir en el destino en forma personal (Goss y Morosko, 1970; Gurin y otros, 1978, Gašić-Pavišić y otros, 2006).

Estudios referidos a los efectos de la percepción de control

En su fase inicial, varios estudios se orientaron a sustentar empíricamente el supuesto que introduce una relación entre conducta y representación. Intentaron mostrar que la percepción de que una situación se encuentra controlada por el azar, el destino o terceros, está asociada a diferencias en la conducta (Phares, 1957; James & Rotter, 1958; Holdel & Rotter, 1962). Estudios posteriores confirmaron el vínculo entre el *locus de control* y un amplio abanico de fenómenos, tales como su impacto en la educación (Findley & Cooper, 1983; Hendrics & Montgomery, 1984; Otten, 1977), el desempeño laboral (Tseng, 1970), los consumos televisivos (Rodríguez, 2006) o las conductas y actitudes respecto a la salud (Goss & Morosko, 1970; Kenneth, Strudler & De Vellis, 1978; Norman, Bennet, Smith & Murphy, 1998; Wallston, 2005).

Con relación a la investigación aplicada, si bien son más numerosos los trabajos en los que el *locus de control* se sitúa como una causa de otros efectos, existen otros que recuperan el modo en el que se estructura, o que proveen información sobre sus correlaciones con otros condicionantes. Estos analizan cómo la posición, en términos sociales (observada desde diferencias fenotípicas, económicas y educativas), se asocia a diferencias esperables en la percepción de control del entorno de los sujetos.

Rodriguez (2006), al estudiar la relación entre *locus* de control y consumos televisivos, encontró que si bien existía una correlación entre la cantidad de horas que las personas miraban televisión y su ubicación respecto a su percepción de control, el nivel educativo era un factor de mayor peso. En este caso, el capital educativo explicaba más claramente el *locus de control* que variables como género o edad, y reducía en gran medida los efectos del consumo televisivo sobre la percepción subjetiva.

En el mismo sentido, Palomar Lever y Valdés Trejo (2004), sobre una muestra de 900 individuos, pudieron constatar en México un mayor nivel de externalidad en los sectores de peor posición de clase, tanto en términos de ingresos como de nivel educativo. Otros factores que incidieron, en menor medida, fueron el nivel educativo de los padres, la condición de mujer y el ser menor a 36 años.

Respecto a Argentina, Brenlla y Despierre mostraron diferencias significativas en el *locus de control* por estrato socioeconómico para el período 2004-2006, en grandes centros urbanos. En ellos se registró un mayor nivel externalidad en los estratos más bajos (Brenlla & Despierre, 2007). Los resultados de este estudio sugieren que el *locus de control* no puede ser tratado, completamente, como un rasgo psicológico inmanente a la personalidad de cada sujeto: durante el período señalado de reactivación económica, los niveles de externalidad bajaron casi un 30 %. El peso preponderante en esta variación fue el cambio en las representaciones de los estratos más bajos (ODSA, 2007, p. 151).

Finalmente, en Estados Unidos, Lachman y Weaver (1998) hallaron resultados compatibles en tres muestras, de aproximadamente cuatro mil casos en total. Los niveles de externalidad se reducían en los grupos de mayor nivel socioeconómico¹³, que relacionaban luego estos elementos con mejoras en la salud y en el bienestar subjetivo. Los resultados son a la vez similares, en términos de relación entre nivel socioeconómico y *locus de control*, con los relevados por Farley, Cohen y Foster (1976) al analizar los diferenciales en el *locus de control* entre grupos de estudiantes de familias blancas y negras estadounidenses.

La libertad en nuestra investigación de campo

Estas investigaciones sobre la percepción de control nos permiten reco-

13. Similares resultados encuentran Twenge y Campbell al examinar la relación entre nivel socioeconómico y autoestima, variable correlacionada parcialmente al locus de control (2002).

nocer que la libertad se encuentra en el centro de un importante conjunto de fenómenos sociales, como elemento articulador de las vivencias, de las creencias y de la acción entre las personas y espacios. Su ausencia como objeto positivamente observable en el campo de la investigación sociológica resultaría, entonces, de un fenómeno de invisibilización académica.

Para poder indagar en la presencia de la libertad social percibida y en sus interrelaciones con otras dimensiones de la vida cotidiana, se trabajará en los siguientes capítulos con los datos elaborados a partir de la encuesta. Esta fue efectuada en una muestra 1.500 hogares de un conjunto de grandes centros urbanos de la Argentina.

A continuación, se detallan las definiciones conceptuales y operativas realizadas para este fin, así como una síntesis del procedimiento y alcances del relevamiento realizado por la Encuesta de la Deuda Social Argentina del año 2006.

Definición de libertad social percibida

La definición conceptual que asumiremos para la libertad social percibida establece que la misma consiste en la probabilidad de ocurrencia de que un conjunto de personas tenga la convicción de que es posible actuar en forma consciente, afectando de maneras efectivas sus entornos vitales. Es esperable que su elaboración sea producto de la percepción que estas personas tengan tanto de sí mismas como de su entorno, así como también de las experiencias vitales que hayan atravesado en el pasado.

Como definición operativa de la libertad social percibida, para la medición que acompañó este trabajo, se construyó un índice de cuatro indicadores¹⁴. Se trataba de 4 frases en las cuales los participantes podían responder con verdadero o falso. Los dos primeros ítems referían a la percepción de los sujetos sobre el control de su mundo circundante; los dos restantes evaluaban la medida en que el entorno aparecía como algo hostil a ser controlado. Los ítems fueron:

- 'Lograr lo que uno quiere no depende de la suerte ni del azar'.
- 'Con el voto se pueden cambiar las cosas'.
- 'En la vida las cosas son como son y no hay forma de cambiarlas'

14. Estos ítems derivaban de la escala de Rotter de *locus de control* (Salvia, Brenlla y Rodríguez, 2004: 162) y habían sido ya evaluados en su consistencia interna y externa en ediciones previas a la edición 2006 de la Encuesta de la Deuda Social Argentina.

- ‘Muchas veces siento que los otros toman las decisiones por mí (no controlo mi vida)’.

A fin de construir el indicador para los diferentes subgrupos poblacionales (varones/mujeres, jóvenes/adultos, etc.) se calcularon puntajes del índice para cada encuestado: un punto por cada ‘verdadero’ en los ítems 1 y 2, y uno por cada ‘falso’ en los ítems 3 y 4.

Luego, se calculó la libertad social percibida de cada grupo como la proporción de individuos con valores iguales o mayores a 2 puntos respecto del total de individuos del grupo. Se obtuvieron valores entre 0 y 1, que se reportan en base 100 en las figuras, en la modalidad de porcentajes (es decir, de 0 % a 100 %).

Medición

La información utilizada en este libro fue elaborada en el marco de la Encuesta de la Deuda Social Argentina, en su edición del año 2006. La encuesta es un relevamiento anual de condiciones de vida y desarrollo humano, llevado adelante por el Observatorio de la Deuda Social Argentina desde el año 2003. Se realiza sobre una muestra de hogares seleccionados aleatoriamente en un conjunto de centros urbanos de la Argentina.

Ese año se cubrieron siete grandes centros urbanos, de más de 200.000 habitantes: Gran Buenos Aires, Gran Salta, Gran Resistencia, Neuquén-Plottier, Gran Córdoba, Gran Mendoza y Bahía Blanca.

Con un tamaño muestral de 1500 casos, se utilizó un procedimiento estratificado polietápico. A partir de una lista inicial de ciudades a incluir, la selección de casos fue proporcional a la cantidad de población de cada ciudad. Luego, en base a información censal georreferenciada, se identificaron cuatro estratos de igual tamaño, según criterios de nivel socioeducativo. A partir de ellos, se eligieron aleatoriamente los puntos muestrales. Luego dentro de cada uno se seleccionó aleatoriamente una manzana y, finalmente, en el procedimiento de campo y también al azar, se escogió un hogar dentro de cada manzana seleccionada.

En cada hogar, cuando no se encontraron adultos a encuestar dentro de las cuotas de edad y sexo establecidas para cada aglomerado, se realizaron dos revisitas. Se cubrió así el total de 1500 mayores de 18 años, seleccionando un caso por vivienda, con el fin de cancelar efectos de correlación de respuestas al interior de los hogares.

Figura 1.1. Cantidad de casos por aglomerado urbano (18 años y más) según edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

		Gran Buenos Aires	Bahía Blanca	Gran Córdoba	Gran Mendoza	Neuquén- Plottier	Gran Resistencia	Gran Salta	Total
Edad	18 a 35	443	9	46	30	4	11	13	556
	36 a 55	396	13	51	25	8	8	15	516
	56 y más	325	9	42	25	6	7	15	428
Sexo	Varón	604	15	73	40	9	13	19	773
	Mujer	559	15	67	40	9	13	23	727
Total		1164	30	140	80	18	27	42	1500

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

En la Figura 1.1 se resume la cantidad de casos por aglomerado urbano que compone la muestra, discriminados por edad y sexo.

Conclusiones

Comenzamos este capítulo interrogándonos sobre el sentido de la libertad en el campo de la sociología y otras disciplinas. Al indagar en dicho espacio, reconocimos las distancias entre nuestra investigación y otras líneas orientadas al problema de la libertad.

Mientras que la libertad social percibida remite a una representación subjetiva de la capacidad de actuar, la filosofía política aborda el la libertad eminentemente a partir del estudio normativo de los modos de gobierno y de la administración de los derechos formales de los individuos.

En el caso de la sociología, comentamos tres líneas teóricas.

La primera remitía a la libertad como lo extrasocial: dado un número de restricciones sociales, la libertad aparece como la representación del comportamiento o las creencias que la disciplina no vendría a explicar. Si la media de los sujetos se comporta de cierto modo, cada individuo es libre de diferir a su manera de esa forma general.

La segunda comprendía preocupaciones próximas al problema de la libertad a través del uso de la noción de agencia. El concepto daba cuenta de los grados de acción efectiva observables para las personas, y nada añadía sobre el sentimiento de ser capaces de tener iniciativas que afecten sus vidas.

La tercera, finalmente, versaba sobre la relación entre la retirada de ciertas instituciones centrales de las sociedades industriales del siglo xx y una mayor indeterminación de las trayectorias individuales de vida. Si bien la

libertad aparecía aquí en un nivel más simbólico que en la línea anterior (como libertad de identidad), nuevamente estaba representada como un elemento presente o ausente en el medio social antes que en la conciencia subjetiva.

En el recorrido realizado por desarrollos del campo de la psicología experimental y la psicología cognitiva de la segunda mitad del siglo xx, sí hemos encontrado trabajos vinculados con la preocupación por la libertad subjetiva.

Por una parte, problematizar el control y el autocontrol planteó la necesidad de considerar la libertad individual como elemento atravesado por el ensamble de acciones, que tanto la propia persona como los terceros ponen en juego para actuar sobre sus contextos y sobre sus propios cuerpos. Por otra, la psicología ha podido dar cuenta de cómo la presencia de ciertas creencias respecto de la propia capacidad de actuar influye en la disposición efectiva para actuar¹⁵.

Con estos antecedentes, hemos establecido una definición conceptual y una operativa de libertad social percibida –centradas en la convicción subjetiva de poder actuar–. Asimismo, hemos presentado las características generales del trabajo de campo con el cual se ha elaborado el análisis de sus manifestaciones en grandes centros urbanos de la Argentina.

Este trabajo de campo ha buscado vincular la mirada sobre la libertad social percibida con las dinámicas de las relaciones interpersonales y la distribución de los recursos culturales y económicos de la población investigada.

Los capítulos que componen la Parte 2 desarrollan la relación observada entre libertad social percibida y la posición social (recursos culturales y económicos) de las personas investigadas.

15. Este fenómeno nos remite, por cierto, a la idea de Robert K. Merton de profecía que se cumple a sí misma, o profecía autocumplida, que acompaña tantos funcionamientos sociales (Merton, 1980, pp. 505).